

REBECCA MANLEY PIPPERT



SAL

EN UN MUNDO CAMBIANTE

EL EVANGELIO SIGUE SIENDO RELEVANTE

Índice

Introducción	11
<i>Sección uno: Los medios</i>	
01. Oposición en el campus	21
02. Celebrar nuestra pequeñez	37
03. Gloria en la debilidad	51
04. Caminar con el Espíritu	63
<i>Sección dos: El mensaje</i>	
05. Tenemos una historia mejor	77
06. La creación: La vida tal como fue diseñada	85
07. La caída: El problema de este mundo	99
08. La cruz: El remedio de Dios	117
09. La resurrección: Todo ha cambiado	133
10. El regreso: Lo mejor está por llegar	149
<i>Sección tres: El método</i>	
11. Por qué, qué y quién	167
12. Mostrar el amor de Cristo	177
13. Declarar la verdad de Dios	193
14. Dependere del poder del Espíritu	213
Conclusión: Un momento crítico	229
Epílogo: Unas palabras para los líderes	239
Notas	247
Bibliografía	249
Agradecimientos	253



SECCIÓN UNO:
LOS MEDIOS



Oposición en el campus

No provengo de una familia cristiana. De hecho, mucho tiempo no fui cristiana.

Durante varios años me habría descrito como agnóstica nostálgica. Sentía que me faltaba algo: había en mí un anhelo al que no lograba poner nombre, una sed que no podía saciar, una añoranza de algo que no alcanzaba a visualizar.

Recientemente encontré algo que escribí para una clase de literatura en mi último año de secundaria. Me sorprendió ver lo claramente que aquel texto revelaba mi búsqueda de significado. Aquí va un fragmento: “Yo también me identifico con lo que el autor aborda en esta novela. Esa añoranza, esa sensación de que hemos sido creados para algo más, de que se nos promete algo más, ¿tiene alguna respuesta desde la realidad objetiva? ¿Existe alguna respuesta a esa ‘sed inconsolable’ de la que escribe?”.

El instituto de secundaria al que asistí era un instituto público; es decir, no era una escuela cristiana. Sin embargo, mi profesor escribió en el margen: “Becky, estás en el viaje más importante que cualquier ser humano puede hacer. Aunque no lo sepas, estás buscando a Dios. No te conformes con sustitutos baratos. Llama a todas las puertas y sigue llamando hasta que obtengas una respuesta. Hagas lo que hagas, ¡no te rindas!”.

En esa búsqueda de significado exploré otras religiones y otras filosofías. Todo lo que leí me dejó insatisfecha. Sin embargo, nunca había investigado el cristianismo, ni leído una sola página de la Biblia, porque asumí que, como había crecido en EE. UU., ya lo entendía.

Entonces leí dos libros que me cambiaron la vida. El primero fue la novela *La caída*, de Albert Camus, el existencialista y ateo francés que me reveló que yo era pecadora. Afirmar que llegué a esa conclusión gracias a un autor ateo puede sonar extraño, pero su valiente análisis del corazón humano era tan devastador que ahogó toda esperanza de que llegara a ser una humanista optimista que solo veía el lado bueno de la naturaleza humana. No obstante, yo tenía un problema con Camus: aunque era profundamente realista sobre el lado oscuro de la naturaleza humana, no tenía respuestas satisfactorias para explicar el bien que vemos.

Entonces me encontré con un libro de C. S. Lewis, *Mero cristianismo*. Lewis me introdujo en el cristianismo. Aunque a un nivel superficial veía similitudes entre las principales religiones, me sorprendió lo diferente que era la fe cristiana de todo lo que había leído. Lewis también despertó mi interés por la Biblia. Empecé a leer los Evangelios y Jesús me cautivó. Al final me rendí y entregué mi vida a Jesucristo, una historia de la que hablaré más en el próximo capítulo.

Encontrar la sed

Poco después de convertirme al cristianismo me marché de casa para ir a la universidad. Era una joven cristiana con muy poco conocimiento de la Biblia, pero sabía que los cristianos debían hablar de Jesús a los demás. El problema era que me faltaba el valor para hacerlo. Como muchos cristianos hoy en día, asumí que compartir mi fe significaba proclamar el mensaje a todas las personas que me encontrara, sin respiro. No tenía ni idea de cómo

sacar el tema de la fe de forma natural. Me preocupaba ofender a la gente y no poder responder a sus preguntas. Así que nunca decía nada, esperando que la gente viera algo diferente al observar mi vida.

En mi primer año en la universidad tuve dos experiencias muy significativas. En el primer semestre asistí a un encuentro cristiano. El tema del mismo era la evangelización, y fui con la esperanza de que disipara mis miedos y me diera la valentía que me faltaba. La primera charla fue sobre el imperativo bíblico de la evangelización y me sentí inspirada y retada. En la segunda charla, sin embargo, empecé a pasarlo mal. El tema era “Cómo ser un testigo” y el conferenciante presentó tres puntos:

- Comparte el evangelio con tantas personas como sea posible en un día. Nos dio algunas frases útiles para introducir el tema.
- Apunta siempre a que se entreguen a Cristo. Si no están interesados, entonces pasa a otra persona.
- Piensa en sus preguntas como cortinas de humo: cosas que la gente usa para no considerar la fe. Responde a sus preguntas si es posible, pero entiende que sus preguntas probablemente indican una falta de apertura espiritual.

Nos enviaron a un centro comercial con instrucciones para hablar con la mayor cantidad de gente posible sobre Jesús. No debíamos perder el tiempo conversando, sino que debíamos tratar de llevarlos a Cristo.

Sin embargo, decidí seguir mis propios instintos y pasé toda la tarde charlando con una sola persona, con quien tuve una conversación espiritual muy estimulante. No la presioné para que entregara su vida a Cristo porque me pareció prematuro. Al final de nuestra conversación intercambiamos direcciones para continuar nuestro diálogo espiritual.

Cuando regresamos, tuvimos un tiempo para compartir cómo nos había ido. Me di cuenta de que el “éxito” se definía por la cantidad de gente que había hecho profesión de fe, y por esa regla de tres, yo había fracasado. No obstante, seguía muy contenta por la conversación espiritual que había tenido esa tarde.

Aquellos conferenciantes eran creyentes fieles que amaban al Señor de forma sincera. Sin embargo, ¡salí del encuentro confundida y con más preguntas que cuando llegué! ¿Qué significa ser testigo de Jesús? ¿Cómo hablaba Jesús a la gente sobre la fe? ¿Es la conversión la única medida del “éxito” evangelístico? ¿Son los “resultados” algo que nosotros podemos provocar?

Salí de aquel encuentro convencida de dos cosas: sí, era evidente que Dios nos llama a ser sus testigos, pero ahora tenía que averiguar cómo hablaba Jesús a la gente sobre la fe.

Así que empecé a estudiar los Evangelios. Me impresionó profundamente la tremenda compasión que Jesús tenía por la gente. Mostraba respeto escuchando atentamente a los demás. Hacía preguntas sugerentes y era tan atrayente que despertaba la curiosidad de la gente y querían escuchar más.

No importaba lo apremiantes que fueran las demandas que rodeaban a Jesús: nunca tenía prisa por pasar a la siguiente persona. Nunca trataba a la gente como “proyectos” evangelísticos. Tampoco compartía el evangelio siguiendo el mismo patrón con todos. La forma en que Jesús hablaba de la fe, las metáforas e ilustraciones que usaba, dependían de la persona con la que hablaba. Ni siquiera “predicó el evangelio” a todas las personas que se cruzaron en su camino.

No descubrí ninguna fórmula, pues Jesús no tenía una serie de preguntas que usaba siempre, hablara con quien hablara. Aprendí mucho observando cómo Jesús hablaba sobre la fe, pero también me quedó claro que daba testimonio de forma personalizada.

Quería aprender a compartir mi fe de la manera en que Jesús lo hizo. Así que le pedí a Dios que me guiara a las personas que él estaba buscando: en mi residencia, en mis clases, allí donde mi vida se cruzaba de forma natural con otras personas. Siempre dejaba abierta la puerta de mi habitación. Llegué a todo tipo de personas: personas que parecían muy lejos del reino de Dios y personas muy diferentes a mí.

Cada día le pedía a Dios que me llenara de nuevo con su amor y compasión por los demás. Invitaba a gente no creyente a hacer cosas conmigo. Les hacía preguntas para entender mejor quiénes eran y cuáles eran los obstáculos que les mantenían alejados de la fe. Comencé a mencionar a Dios si venía a cuento para ver si eso despertaba su curiosidad por la fe, como había visto hacer a Jesús. Oraba para que Dios me usara. Sobre todo, le pedía a Dios que les abriera los ojos y les hiciera ver la belleza y el asombro del evangelio.

En poco tiempo había entablado amistades auténticas con escépticos que compartían sus vidas conmigo, al igual que yo compartía la mía con ellos. Gracias a las muchas conversaciones, descubrí sus puntos de vista sobre diversos temas, lo que me permitió entender mejor sus creencias. Poco a poco, comenzaron a preguntarme sobre mis creencias. Les expliqué por qué Jesús era tan irresistiblemente atractivo y cómo había llegado a creer que el cristianismo era verdad.

Cuando me preparaba para ir a casa por Navidad, tres estudiantes de mi residencia se me acercaron y me dijeron: “Becky, la forma en que hablas de la fe nos provoca mucha curiosidad. Ninguno de nosotros ha leído la Biblia antes. ¿Estarías dispuesta a leer la Biblia con nosotros? Queremos entender qué viste que cambió tanto tu vida”.

Les dije que ni hablar.

En contra de lo que predico ahora, les dije que era muy nueva en la fe e incapaz de dirigir un estudio bíblico. “¡Yo misma sé tan poco

sobre la Biblia!”, les comenté. A lo que respondieron: “¡Entonces aprenderemos juntos!”. Después de que me lo pidieran tres veces, acepté a regañadientes.

Durante las vacaciones de Navidad estuve muy preocupada y oré mucho. La única conclusión a la que pude llegar fue que Dios había provocado aquello. Ya de regreso en la universidad, esa misma semana nos reunimos los cuatro para leer una historia sobre Jesús.

Decir que yo era inepta como líder de estudios bíblicos sería quedarse corto. Nunca había estado en un estudio bíblico, ¡mucho menos dirigido uno! Escoger los pasajes ya fue todo un desafío para mí. Para mi asombro, ellos lo disfrutaron... ¡y yo también! La segunda semana un estudiante más se unió a nosotros y la tercera semana éramos seis.

Si me hubieran preguntado entonces qué pensaba de la evangelización, habría dicho: “Me sorprende decir esto, ¡pero la evangelización no es tan difícil! Si oras, si eres auténtico y te preocupas de verdad por las personas, y si escuchas respetuosamente y tratas de entender sus preguntas y dificultades con la fe y estás dispuesto a compartir tus creencias... ¡descubrirás que tener conversaciones espirituales es algo que ambos disfrutáis! ¡La verdad es que la evangelización es mucho más fácil de lo que pensaba!”.

Todavía lo creo. Incluso hoy, cuando nuestra cultura occidental es cada vez más hostil a la fe y los desafíos en la evangelización son mayores, creo que compartir nuestra fe es más fácil de lo que solemos pensar. Por lo general, los escépticos responden de forma positiva al amor genuino y aprecian nuestro deseo de mantener un diálogo respetuoso. La verdad es que la gente está sedienta de algo a lo que no le acaban de poner nombre, pero que está ahí.

Entonces llegó la segunda experiencia. Las cosas iban a ponerse más difíciles.

Experimentar la hostilidad

La noche de nuestro tercer estudio bíblico regresaba a mi habitación y oí, al igual que todos los demás, un anuncio por los altavoces pidiéndome que fuera inmediatamente a la oficina de la encargada de la residencia. La encargada de la residencia era una mujer de mediana edad que vivía en un apartamento en la planta baja. Cuando entré en su oficina y vi su cara, supe que fuera lo que fuera, era algo serio.

“Becky, ¿es verdad que diriges un estudio bíblico en la residencia?”, preguntó.

“Sí”.

“Pues va en contra de la política de la residencia, y un estudiante ya ha presentado una queja”, dijo.

Me quedé atónita. “Pero yo no he coaccionado a nadie a que viniera. De hecho, ¡otros me pidieron que lo dirigiera!”.

“Becky, ya he tenido reuniones sobre esto con mis colegas de otras residencias. Te lo advierto: ¡Cancélalo AHORA!”.

“¿Pero por qué? ¿Es una violación de la política de la residencia dirigir un estudio bíblico que los propios estudiantes han pedido?”. No estaba siendo arrogante. Estaba aterrorizada, pero también sorprendida.

“Escucha, Becky”, dijo. “Eres joven. No sé cómo te has metido en esta cosa religiosa. Me caes muy bien, pero podrías tener serios problemas. De hecho, si persistes en ello, podrían echarte de la universidad. Así que, por tu propio bien, ¡déjalo estar!”.

“¿Podrían expulsarme de la universidad?”, pregunté incrédula.

“Eso es”, respondió.

Enseguida me vinieron a la mente dos cosas. Primero, mi padre no era cristiano. De hecho, en ese momento, aparte de mi hermana, yo era la única cristiana comprometida en mi familia. La vergüenza que iba a sentir si llegaba a casa de esa manera era insoportable.

Segundo, me di cuenta de que no había orado. Así que clamé en silencio al Señor pidiéndole ayuda. Nunca olvidaré la paz que me inundó de repente. Entonces dije unas palabras que sabía que venían de Dios.

“Quiero honrar a esta universidad y obedecer sus reglas. Realmente quiero ser respetuosa. Pero no puedo detener este estudio bíblico. Debo hacer lo que siento que Dios me ha llevado a hacer. ¿Cómo puedo no hablar de lo que sé que es verdad?”.

“Siento mucho oír eso, Becky”, respondió la encargada de la residencia. “Ahora tendré que llevar esto a mis superiores. Me pondré en contacto contigo pronto. Pero estás siendo una insensata. ¿Me aseguras que no invitarás a ningún estudiante más hasta que volvamos a hablar?”.

“Recuerda que nunca he invitado a nadie. Pero, sí, te lo aseguro”, dije.

Volví a mi habitación, me tiré en la cama y empecé a llorar. Recuerdo haberle dicho al Señor: “¡Señor, eres invisible! La gente no puede verte, pero pueden verme a mí. Y si me expulsan de la universidad, ¡tendrás que ser tú quien se lo explique a mi padre!”.

Una amiga, Paula, vino a mi habitación porque quería saber por qué me había llamado la encargada de la residencia. Se lo conté y, viendo mi angustia, me dijo: “Becky, mi padre es anciano de nuestra iglesia. Ven a casa conmigo este fin de semana y coméntalo con él”.

Ese fin de semana su padre escuchó mi historia con gran compasión y dijo: “Becky, no creo que puedan expulsarte. Pero te lo han hecho pasar bien mal. Esta tarde quiero que leas el libro de Hechos de principio a fin. Te ayudará. Y luego lo comentamos”.

Dejando de llorar, anoté obedientemente el título y le pregunté dónde podía comprar ese libro.

“Esto... Becky, el libro de Hechos está en la Biblia, justo después de los Evangelios”, dijo. Luego, con una sonrisa irónica, añadió, “¡Menudo debe ser el estudio bíblico que estás dirigiendo!”.

Esa tarde, por primera vez en mi vida, leí el libro de Hechos. Nunca olvidaré el momento en que leí Hechos 4:18-21, cuando Pedro y Juan fueron arrastrados ante las autoridades judías y amenazados por predicar el evangelio:

Los llamaron y les ordenaron terminantemente que dejaran de hablar y enseñar acerca del nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan replicaron:

—¿Es justo delante de Dios obedeceros a vosotros en vez de obedecerle a él? ¡Juzgadlo vosotros mismos! Nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído.

Después de nuevas amenazas, los dejaron irse.

Cuando leí la respuesta de Pedro y Juan, mis ojos se abrieron como platos. Me levanté de la silla y dije en voz alta: “¡Señor, es casi lo mismo que le dije a la encargada de la residencia!”.

Mi primera reacción al leer Hechos fue la sorpresa de descubrir que mi experiencia no era nueva. Los cristianos siempre han sufrido persecución. Mi segunda reacción fue de vergüenza profunda. Los apóstoles no solo fueron perseguidos por compartir el evangelio, sino que todos menos uno morirían por ello. Experimentaron un nivel de persecución que yo nunca había sufrido y que probablemente nunca sufriré. Confesé mis temores a Dios y le pedí que me fortaleciera para ser obediente y fiel fuera cual fuera el resultado.

Regresé al campus con nuevas fuerzas. El martes por la noche, mientras caminaba hacia la sala donde nos reuníamos para el estudio bíblico, me sorprendió ver el vestíbulo lleno de estudiantes.

“Perdón”, dije. “Necesito pasar porque tengo una reunión”.

“Nosotros también queremos entrar”, dijeron. “Solo que la sala no es lo suficientemente grande. ¡No cabemos todos!”.

¡Todos querían asistir a mi estudio bíblico!

Estaba horrorizada. A pesar de lo que me había dicho el padre de Paula, no estaba segura de que no me podían expulsar de la universidad. Aunque estaba decidida a ser obediente, todavía tenía la esperanza de que, como se trataba de un estudio bíblico pequeño, no habría más problemas. ¡Pero solo en el vestíbulo había más de diez chicas!

¡¿Qué había pasado?! Bueno, estábamos a finales de los años 60, el apogeo de la “protesta revolucionaria” entre los jóvenes de EE. UU. El mantra de la época era: “No confíes en nadie mayor de treinta años”. Así que mi historia se había propagado como el fuego. La noticia de que la administración quería suprimir algo iniciado por los estudiantes —¡aunque fuera un estudio bíblico!— alimentó el espíritu revolucionario de la época. A la semana siguiente vinieron más estudiantes. Al final tuvimos que reunirnos en la sala más grande de nuestra planta. Aquel interés probablemente estaba más motivado por el deseo de plantarse ante la universidad que de considerar las afirmaciones del cristianismo. Sin embargo, allí estaban, escuchando sobre Jesús.

Obviamente, la encargada de la residencia estaba furiosa y me llamó a su oficina.

“¡Becky, te dije que no invitaras a nadie más hasta que volviéramos a hablar!”.

“¡Pero yo no he invitado a nadie! ¡Los estudiantes empezaron a invitar a más estudiantes!”.

No parecía convencida, y lanzó más amenazas, diciendo que mi expulsión de la universidad era ahora casi inevitable.

Lo irónico es que yo esperaba mantener el estudio como algo reducido para que la cosa no trascendiera. Pero cuanto más me amenazaba la encargada, más avivaba la llama de la protesta de los estudiantes. ¡Aquel estudio bíblico, en un campus en pleno Cinturón Bíblico, había terminado siendo algo contracultural y revolucionario! Pero, eso es precisamente lo que cualquier estudio de las Escrituras debería ser, en cualquier época y lugar.

Unos días después, cuando pasaba por la cafetería del edificio de estudiantes, una estudiante del estudio bíblico me llamó y me presentó a un hombre mayor que nosotras. Dijo que le acababan de contar la situación en torno al estudio bíblico y me pidió que le explicara lo que había pasado. Después de escuchar mi historia dijo: “Becky, soy el pastor de una iglesia unitaria de la ciudad. ¿Querías venir este domingo y contar tu historia en lugar de mi sermón?”.

Intenté negarme, pero él insistió tanto, que al final decidí aceptar. Pero me quedé preocupada. Los unitarios niegan la existencia de la Trinidad, uno de los pilares de la verdadera fe cristiana. Fui a hablar con una estudiante cristiana madura, Lydia, y le pregunté si había cometido un error al aceptar.

“Becky”, dijo Lydia. “Creo que el Señor te ha dado una oportunidad de proclamar el evangelio. Así que no solo compartas lo que pasó. Asegúrate de compartir tu testimonio también”.

“Lo haré”, respondí. “Pero... ¿qué es un testimonio?”.

“Es explicar cómo conociste a Cristo. Cuenta lo que nos has contado: que eras agnóstica y tenías muchas preguntas intelectuales, que estuviste investigando en otras religiones antes de fijarte en el cristianismo... ¡Y explica qué te hizo concluir que el evangelio tenía sentido!”.

Llegó el domingo por la mañana y estaba más que aterrorizada. Pero cuando empecé a hablar, sentí la misma paz que había experimentado cuando la encargada de la residencia me confrontó. Después del servicio dominical descubrí que muchos miembros de

la iglesia trabajaban en la universidad. Cuatro profesores se me acercaron y me dieron sus tarjetas, diciéndome: “Te ayudaremos en todo lo que podamos. Llámanos si tienes algún otro problema”.

La encargada de la residencia y yo tuvimos una última reunión, pero esta vez sabía que sus amenazas eran huecas. Nunca sabré qué motivó sus acciones.


Más fácil y más difícil a la vez

¿Qué aprendí en mi primer año de universidad, hace ya tantos años? Primero, que cuando la evangelización se hace como Jesús lo hacía, es mucho más fácil de lo que imaginamos. Algunas de las personas menos inimaginables resultaron ser las más sedientas espiritualmente hablando.


En segundo lugar, aprendí que compartir el evangelio es extremadamente serio. Me preocupaba ofender a algún escéptico o que me acusaran de ser antiintelectual. Nunca imaginé que me tendría que defender ante la encargada de la residencia, que me prohibirían invitar a nadie más al estudio bíblico y que me amenazarían con expulsarme de la universidad.

¿Qué estaba pasando, incluso en pleno Cinturón Bíblico y hace ya cuarenta años? Estaba experimentando algo de lo que nunca había oído hablar: la guerra espiritual. Me sentí como si me hubiera metido en medio del fuego cruzado de una batalla que yo no había iniciado. Había leído sobre Satanás en la Biblia, pero ahora sabía de primera mano que hay un ser malévolo que se opone ferozmente a la proclamación de Cristo y que amenazará, intimidará, acosará y usará todas las tácticas intimidatorias posibles para detenernos. Y conmigo, casi había funcionado.

Aprendí otra lección de un valor incalculable: Dios no solo se alegra cuando damos a conocer el evangelio, sino que multiplicará nuestros esfuerzos, ¡incluso cuando no queremos que lo haga!



“Dios no solo se alegra cuando damos a conocer el evangelio, sino que multiplicará nuestros esfuerzos”.



Recibir una amenaza de expulsión fue una experiencia aterradora. Aunque elegí obedecer, confiaba poder “manejar” el peligro manteniendo el modesto tamaño del estudio bíblico. ¡En cambio, Dios abrió las compuertas! Todas las tácticas que Satanás usó para ahogar el evangelio, Dios las utilizó para hacer que el evangelio llegara a más personas.

Las lecciones que aprendí por medio de esa experiencia me han sostenido y moldeado a lo largo de todo mi ministerio. Aunque muchas cosas han cambiado desde finales de los años 60, hay algo que continúa siendo cierto:

Compartir el evangelio sigue siendo más fácil de lo que pensamos y más difícil de lo que imaginamos: es a la vez emocionante y extremadamente serio.

Para ser testigos eficaces en los tiempos que corren necesitaremos valentía, perseverancia y capacitación práctica. Pero también debemos hacerlo con confianza y expectativa. Como dice el evangelista británico Rico Tice:

“[Hoy] somos testigos de mucha más hostilidad hacia el mensaje del evangelio. Pero eso no es lo único que está ocurriendo. También hay mucha más sed. Esa marea creciente de secularismo y materialismo que rechaza la idea de una única verdad y se ofende ante las normas morales absolutas está resultando ser una manera de vivir vacía y hueca. Y eso es emocionante, pues significa que te vas a encontrar con más y más personas que, aunque no lo verbalicen, ansían lo que el evangelio ofrece” (*Honest Evangelism*, p. 20).

Sobre todo necesitamos empezar con Dios, porque todas las luchas que tenemos a la hora de evangelizar —nos sentimos incapaces y débiles, vemos nuestros miedos, nuestra falta de compromiso en la oración, dudamos de que el evangelio realmente tenga poder para transformar vidas, que Dios pueda usarnos, y en el fondo

no queremos asumir riesgos y ponernos en las situaciones donde Dios podría usarnos— nos frenarán hasta que no entendamos quién es Dios realmente. Saber que Dios está con nosotros, que va delante de nosotros y que desea usarnos, incluso a pesar de nuestros miedos y nuestra poca fe, es lo que marca la diferencia. Como dijo el predicador del siglo XIX Charles Spurgeon: “Algunos son bebés y otros son gigantes. Pero... un poco de fe es fe. Y una esperanza trémula es esperanza” (*Faith’s Checkbook*, crosswalk.com/devotionals/faithcheckbook, devocional del 21 de febrero, visto el 23/12/19).

Lo cierto es que no necesitamos confiar más en nosotros mismos. Lo que precisamos, más que nada, es confiar en Dios. Confiar en el Dios verdadero es lo que nos permite ver que nuestra debilidad no limita al Dios vivo y poderoso. A él le complace usarnos, mientras damos pequeños pasos de obediencia.

Jesús nos manda que seamos sus testigos. Será más fácil de lo que pensamos y más difícil de lo que imaginamos. Pero Jesús no nos envía con las manos vacías. Nos da los medios divinos que necesitamos para obedecer ese mandamiento divino; y de esos medios hablaremos en esta primera sección del libro.

Para reflexionar

1. Piensa en las veces que has intentado compartir el evangelio con otros. ¿Cómo han marcado esas experiencias tus expectativas y cómo te sientes en cuanto a la evangelización?
2. ¿Qué has aprendido de Becky sobre la forma en que Jesús se acercaba a la gente con el evangelio? ¿Cómo podrías aplicar el acercamiento de Jesús en tu propio testimonio?
3. “No necesitamos confiar más en nosotros mismos. Lo que precisamos, más que nada, es confiar en Dios”. ¿Tiendes a avanzar confiando en ti mismo o a dudar de ti mismo y no

avanzar? ¿Cómo influye eso tu actitud respecto a compartir tu fe?

andamio

Libros para tu vida

La **misión** de Andamio es publicar y difundir literatura que, desde una perspectiva bíblica, contribuya al desarrollo integral de la persona, la iglesia y a la transformación de la sociedad.

Somos la editorial de los **Grupos Bíblicos Unidos** (GBU) y nacimos en 1987. Los GBU iniciaron su camino en el mundo de la literatura cuando un grupo de estudiantes universitarios puso en marcha (1974) una revista muy sencilla a nivel de producción, pero muy rica en contenidos. Desde ese comienzo un tanto “inesperado”, con pocos recursos pero con muchas ganas, hemos ido creciendo hasta el día de hoy.

Andamio ha sido y es el resultado del trabajo y **colaboración de muchas personas**, unido a la **ayuda de Dios** a lo largo de todo este camino.

COLOFÓN

andamio editorial

Alts Forn n° 68, sòt. 1°
08038 Barcelona, España
Tel. (+34) 93 432 25 23

libros@andamioeditorial.com
www.andamioeditorial.com

Andamio es la editorial de los Grupos Bíblicos Unidos en España, que a su vez es miembro del movimiento estudiantil evangélico a nivel internacional (IFES), cuya misión es hacer discípulos y promover el testimonio de Jesús en los institutos, universidades y centros de trabajo.

TRADUCCIÓN
Dorcas González

CORRECCIÓN
Miguel Llop

MAQUETACIÓN
Jonatán Burgazzoli

DEPÓSITO LEGAL
B. 7341-2021

ISBN
978-84-122435-6-7

IMPRESO EN ULZAMA
IMPRESO EN ESPAÑA

Sal

Stay Salt
© Rebecca Manley Pippert, 2020

Esta traducción de *Stay Salt* publicada primeramente en 2020 se publica con el permiso de The Good Book Company.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© ANDAMIO EDITORIAL, 2021
1ª EDICIÓN ABRIL 2021